

Domingo Melfi D.

El extraño caso del escritor Almeida

III

(Conclusión)



ALMEIDA había escrito páginas conmovedoras acerca de esta ausencia trágica de vida interior que hace intolerable la existencia en comunidad. Un espíritu delicado vive como en una cárcel o condenado a vagar como un fantasma. El hombre de nervios finos y sensibles, se agota en el diario contacto con la vulgaridad. Pierde su frescura, su serenidad, su calma.

Sus observaciones sobre la realidad de su pueblo, sus libros de análisis, sus novelas, sus artículos de prensa, sus estudios acerca de las regiones chilenas que visitó, apenas tuvieron eco. Pasaban entre superficiales acotaciones de una crítica que no tenía noción de sus deberes. Siempre había manos oscuras que le quebraban en la sombra sus mejores propósitos. Oía zumbir las burlas aun en labios de sus propios compa-

ñeros, porque muchos de éstos no concebían que el escritor pudiera preocuparse de cuestiones tan exclusivamente locales. El medio, por su parte, no resonaba con tales elucubraciones. Consideraba que la literatura era sólo distracción y entretenimiento y si no era capaz de procurar satisfacciones prontas, era preferible no gastar el tiempo en tales lecturas. Todo el consumo de libros de que era posible disfrutar se surtía en los mercados extranjeros. Nunca un escritor nativo llegaría a tener la claridad y la novedad de un escritor europeo. Ciertamente. Nunca se llegaría a esa perfección y a esa desenvoltura en el manejo de las pasiones o de los instrumentos técnicos. Pero esto que pudiera parecer comprensión y sabiduría de otras literaturas, conocimiento adecuado de la vida europea, no era otra cosa que snobismo, alimentado por la tradición, en casi un siglo de desdén hacia lo típicamente criollo. Así como las normas políticas se habían calcado sobre las normas europeas, también en la parte intelectual, se había preferido siempre el libro del viejo, al del nuevo mundo.

Había gente que suspiraba por las cosas de Europa, vivía vuelta hacia Europa y en las conversaciones recordaban, con más minuciosidad de detalles, la existencia por ejemplo, de un coin de París que, no un rincón de la tierra nativa. Almeida observaba siempre en las librerías este ciego ímpetu que llevaba a los compradores habituales a elegir las últimas novedades

llegadas de Francia y no las que tímidamente aparecían lanzadas por las editoriales criollas.

No había en ello rencor, egoísmo o vanidad herida. Simplemente la amargura natural del que verifica una realidad triste. El pensaba «Ese comprador podía perfectamente haber adquirido los dos libros; el europeo y el nacional». Pero prefería uno sólo y al otro lo desdeñaba. De esta suerte había una gran parte de población lectora que ignoraba a sus propios artistas, y de los cuales apenas conocía sus nombres. Muchas vidas esforzadas les eran perfectamente desconocidas. Nada sabían de su pasado de heroicidad o de penurias. En cambio, tenían siempre en los labios anécdotas de escritores europeos célebres, escenas de su vanidad o de su donjuanismo.

El escritor nacional era el hombre vulgar, el hombre que no sabía comportarse en una mesa; el que usaba las ropas peores, y carecía de elegancia hasta para los menores detalles. «¿Dónde habían sido educados?» Parecían decir las miradas interrogadoras que a veces, en algunas reuniones casuales, se lanzaban sobre los ejemplares de la fauna literaria criolla.

Había algunos potentados que acumulaban libros que no leían. Los mostraban orgullosos, en sus residencias, como un lujo más. Se hacían servir las novedades desde todas las partes del mundo y muchas veces, en los remates públicos, se podía ver obras ricamente encuadernadas que nunca habían sido leídas. Las páginas no mostraban la huella tan conocida del lector

inteligente, huella que queda marcada en la línea que subraya un pensamiento novedoso o una observación original. Eran libros vírgenes, comprados a granel en las librerías, porque sus lomos eran hermosos y porque en toda biblioteca particular, era de rigor que existieran determinados autores. Pero faltaba en ellos la reciprocidad emocionada entre el autor y el lector, reciprocidad que vierte su marca en el sobresalto que interrumpe la lectura cuando nos golpea en el corazón la misteriosa voz de la sensibilidad, a través de los caracteres de imprenta. En esas bibliotecas muy rara vez se encontraban libros chilenos.

Almeida había verificado en sus observaciones todos estos amargos sucesos. Para él eran dolorosos, porque revelaban el divorcio casi absoluto del artista con el medio. Pero no era tan exclusivista que no entendiera que también muchos de sus compañeros eran culpables de esta situación. Él conocía casos desagradables de escritores que habían hecho un flaco servicio al gremio, con su sola conducta censurable. Por uno pagaban otros y por una debilidad de cualquiera de ellos, el gremio entero solía ser acusado en conjunto. Si existía un escritor vicioso, los demás fatalmente debían ser tan viciosos como aquél. En el artista todo se exageraba y todo se elevaba a proporciones desmesuradas. El enamorado era no sólo enamorado sino lujurioso. Si uno de ellos estaba mal en su hogar, como lo estaban por lo demás, centenares de hogares de otros hombres que no eran escritores, era seguro que todos

los escritores vivían en medio del desorden y de la vergüenza. No bebían una copa sino cien copas.

Y así se formaba el ambiente, rodaba la sospecha, se extendía la mancha estúpida, sin sujeción a examen, sin que jamás se dieran el trabajo de averiguar o de verificar la realidad de los hechos. Los bohemios habían desaparecido del mundo de las letras y del mundo de los vivos. Pero los bohemios seguían existiendo para mucha gente. De los bohemios que vulgarizó una ópera de Puccini, todos derivaron conclusiones categóricas. Al compás de la música melodiosa y pegajosa, en brazos de «arias» agudas o bajas, de cuartetos o de dúos, salieron a bailar por el mundo criollo, los modelos de la bohemia artística. Todos eran sin duda, iguales o peores a esos pintorescos personajes que vivían malamente, no pagaban las cuentas en los restaurantes y apenas tenían con qué cubrirse en la noche de invierno. Como el filósofo empobrecido llevaban sus ropas a la peña y se bebían alegremente el producto.

El ambiente se envolvía en un oscuro marasmo de zona nebulosa. No surgía nunca un carácter entero, una voluntad gallarda y poderosa para galvanizar esa atmósfera de inercia y de sosiego; desesperantes, parecida a la siesta tórrida de los campos. En la política que era la única preocupación que lograba sacudir un poco el rutinario silencio, la naturaleza humana parecía haber grabado un molde irrompible y eterno. Todos se parecían a la función, todos decían las mismas

palabras y efectuaban los mismos giros. Los oficios se cumplían rutinariamente y parecía que las palabras más altivas caían como pedruzcos en un montón de algodón o de arena. Nada resonaba. La lucha se encarnizaba contra los cargos públicos.

Allí se libraban batallas formidables, encuentros de doctrinas, y choques terribles de ambiciones. Las tabernas estaban siempre llenas y resonaban como un infierno, con el golpe de los dados o las palabras discordes que se lanzaban al rostro, desmenuzando cada cual, la obra de los políticos enemigos.

Cada cual buscaba lo más fácil para el desarrollo de su vida. Eludían o sorteaban los sacrificios, para no malgastar sus energías que debían emplearse en el goce, y cuando podían, echaban desde la sombra, a circular por la calle, especies abyectas contra funcionarios o mujeres. Triunfaban los más oscuros y la juventud, recogida como en la espera de sucesos extraordinarios dejaba desvanecerse el tiempo en una bifurcación estéril de doctrinas en las cuales no ponía fe ni entusiasmo.

Se había caminado largo y tendido, desde hacía un siglo, pero se había caminado al margen de toda vida reflexiva profunda. Encima del suelo duro pasaban dando voces destempladas los escuadrones de la política partidista. Se habían construido caminos y vías ferroviarias, edificios suntuosos y grandes usinas; pero se daba el caso monstruoso de una colectividad que no tenía noción alguna de sus deberes espirituales.

Toda noción de selección se había perdido en el uniforme sentimiento paradójal que elegía a los que menos lo merecían para otorgarles funciones de responsabilidad. Esta elección se hacía por presión de los grupos y asambleas políticas, y hombres esforzados que habían padecido y sufrido, que no tenían tienda que los cobijara eran arrojados al olvido o a la burla.

Almeida pudo comprobar en innumerables ocasiones el extraño rencor que el medio exudaba contra el hombre de letras. Aun en gente que parecía lo más alejada de las querellas entre escritores o artistas—menos violentas y menos tristes que las que surgían entre profesionales—existía idéntico propósito excluyente. En el escritor creían ver al hombre avieso que escruta el misterio de los actos ajenos y descubre la miseria íntima de los apetitos. «No eran hombres como todos—pensaban—que siempre estaban rumiando protestas y se daban aires de profetas adivinando los sucesos sin haber participado en ellos o sin que se les hubiera llamado para profetizar... Creían saberlo todo y no sabían de nada. Estaban al cabo de la calle en muchas materias y se daban humos de perdonavidas».

«Miraban con ironía a los que gozaban de la vida anunciando catástrofes tremendas, y escribían artículos de prensa o libros desagradables sobre cuestiones que atañen exclusivamente a los políticos. Unos habían ido a las minas, otros a los campos, aquéllos a las salitre-

ras, éstos a las fábricas y al regreso daban voces des-templadas contra las organizaciones sociales que explotaban a los pobres. Parecían estar dominados por el demonio de la destrucción y ahora que la vida había cambiado de formas, eran ellos, los escritores los que tenían la culpa de este trastorno general de la vida. Ellos habían ido a poetizar a los campos, a las minas, a las fábricas y en lugar de escribir novelas o cuentos censuraban y criticaban a los poderosos o a los manejadores de la «cosa pública». Los denominaban «intelectuales» para burlarse de ellos, y en tal forma habían administrado el término «intelectual» que ya resultaba desdoroso ser llamado de esa manera.

En verdad, cuando un escritor—Almeida lo había comprobado en carne propia—se ponía a escribir sobre política, era seguro que irritaría a todos los clanes políticos, precisamente porque empleaba un lenguaje que ellos, en su mayoría, no entendían. Lenguaje de enjuiciamiento y condenación. Había otros que habían comerciado con su pluma, vendiéndola a vil precio, sin convicción alguna en lo que defendían y sólo por seguir en una línea oscura de arribismo y de desdén de la cultura. Aquéllos y éstos habían contribuido a alimentar ese resentimiento contra el escritor, que nadie podía concretar en un hecho exacto, pero que circulaba lentamente a través del clima de la sociedad. Los petulantes, los orgullosos, los vanidosos, los que pregonaban su saber y su ciencia, también echaban fuego, con su conducta, a esta hoguera inacabable que con-

fundía y exasperaba a los que carecían de culpa. El medio los englobaba a todos.

Esta confusión contribuía a la desolación de la vida intelectual. Hacía más duro el contraste entre el hombre de pensamiento y la masa desorientada. Interponía desinteligencias inverosímiles, incomprensiones absurdas, malentendidos inexcusables entre los hombres de letras y los otros. La cultura suministra una especie de sexto sentido. Ilumina y extiende la fulguración por encima de abruptas dificultades. Crea una naturaleza enérgica o miserable, según sea el seno en el cual se abriga. Pero es preciso que exista un nivel de cultura general más o menos considerable para que el profano entienda que un escritor no es un descastado o un ser sin destino ni ubicación en la sociedad, sino un ser acreedor al respeto.

Una vez dijo Blanco Encalada a José Joaquín de Mora: «Mi amigo, pasarán muchos, pero muchos años antes de que en Chile la pluma sirva para algo...»

Y casi medio siglo más tarde, o más tal vez, un Jefe de Estado le contestó a un escritor que había ido a solicitar un puesto, después de una campaña electoral en la que aquel escritor se había lanzado a fondo para ayudarle:

—Y para qué quiere puestos Ud., hombre... Un escritor no sirve para eso. Mire... le voy a dar algunos argumentos de novelas... para que las escriba... Yo sé muchas cosas...

Esa era la horrible profesión elegida para subsistir:

la más dura, la más penosa de todas, no tanto por la escasa remuneración que de ella se extrae, como por la sordera y la burla del medio frente al tenaz esfuerzo que significa procurarse una cultura.

El sufrimiento martirizante de Almeida debió comenzar a los cuarenta años, es decir cinco años antes de su derrota definitiva. Llegaba a la plenitud, el límite más claro desde el cual abarca la perspectiva, en profundidad y se domina todo el panorama con una extraña y luminosa clarividencia. Edad crítica que produce profundos trastornos, porque allí comienza el imperioso deseo de satisfacer todo lo que ambicionamos y se constata al propio tiempo, que las fuerzas comienzan a ceder, a vacilar, misteriosamente agotadas. Se va a deslizar la vida por la vertiente contraria y se va a abandonar los mirajes que nos acompañaron durante todo el tiempo del esplendor físico. La vida del espíritu está contenida en un sobresalto angustioso. Comienza el examen de conciencia y hay llamados enérgicos o fugaces que resuenan de todas partes a la vez, como pidiéndonos cuenta de nuestros actos pasados y urgiéndonos para cumplir lo que no fuimos capaces de afrontar.

No tenía Almeida, por entonces, una gran pasión amorosa que le defendiera del mal que labraba secretamente su pérdida. Había llegado a ese límite, con la evidencia desolada de la indiferencia absoluta del medio, y sus libros y toda su acción intelectual care-

ción de resonancia. La mujer que había sido su amante, estaba lejos. Había huído con otro, cuando comprendió que Almeida no se sentía capaz de unir su existencia a la suya en un gesto definitivo de entrega.

Ella quiso anular su matrimonio con el hombre vulgar que era su marido, y a pesar de los dos niños que había tenido de él. Pero Almeida retrocedió, sin comprender que desde ese instante quedaba a merced de las fuerzas brutales que iban a derribarlo. Era ya tarde para recapacitar y él sabía que la mujer desairada, aun con los más sutiles e invisibles procedimientos, no vuelve jamás, en su huída, por más que el recuerdo del hombre amado, la torture en lo más secreto de su corazón.

Partida perdida, juego en el que había tenido todos los triunfos en la mano y los había dejado perderse, por una falsa maniobra. Pero cuando recordaba el suceso, con la delicadeza que era en él habitual, se culpaba a sí mismo, entregándole a ella la gloria de haber vencido. Esta vez era ella la que había salido airosa en la prueba. El quedaba sumergido en el oscuro paso a cuyo término se abría, como un siniestro abanico, la encrucijada final...

—Fuí cobarde—nos dijo cierta vez—pero lo fui por ella misma. Qué hubiera hecho con ella, a esta altura de mi vida, sin un porvenir seguro, obligado a mantener su vida y la mía, sin recursos, en medio de esas estrecheces vergonzantes que hacen tan triste el amor y lo sepultan lentamente, entre dolorosas y a ve-

ces brutales caídas? Ud. me comprende... Ud. la conoció... Es muy bella para resignarse a ser la mujer obscura de un hombre sin medios para elevarla. No la ofendo suponiéndole la pasión del lujo o el deseo de figuración. No. En ella era natural, puesto que no tenemos derecho para sacrificar a una mujer que se nos entrega confiada, y lo menos que podemos hacer es darle algunas comodidades. Lo demás es miseria y egoísmo... Le debo los días más luminosos de mi vida. Le debo lo que ella, quizá acaso no comprenda en toda su magnitud: la continuidad de mi labor. Sin esa mujer, tal vez yo no hubiera realizado lo que hasta aquí he podido. Era el aliento más puro, el estímulo más bello por la inteligencia con que sabía comunicarlo. Estaba casada con un hombre vulgar, pero de porvenir. Figúrese Ud. lo que hubiera ocurrido más adelante... cuando sobreviene el inevitable enfriamiento de las pasiones y se comienza a mirar con claridad el camino que se extiende frente a nosotros... No hay nada más horrible que la tela de araña en el amor... la tela de la pobreza que lo envuelve todo, hasta nuestro corazón, de sombras y de vergüenzas... Y créame que yo no me sentía capaz de luchar en otra cosa.

Balance doloroso y siniestro. No podía decirse que había tenido éxito en la vida. A los cuarenta años era tan estrecha su situación que apenas le permitía muy reducidas satisfacciones. Las pequeñas compensaciones de una carrera literaria sostenida con heroica

tenacidad, no resarcen de los sacrificios que en ella se padecen. Los aplausos o los elogios estimulan para proseguir en la tarea, pero no resuelven el problema trágico de un hombre, puesto que de todo se puede vivir en un medio como el nuestro, pero muy escasamente de la literatura.

Almeida no necesitaba esforzarse mucho para comprender que ya era imposible realizar un trabajo distinto al que había ocupado toda su existencia. Otros que nada habían hecho, que jamás habían estudiado lo que él en veinticinco años o más, obtenían situaciones desahogadas; y él, que había robado horas al placer, al ocio, dedicándolas al estudio, que había recorrido su país sin solicitar jamás ayuda de nadie, y sólo con sus propios y exiguos medios; que había escrito libros hermosos, páginas vibrantes de emoción, estudios magníficos acerca de la vida criolla, que había llevado una vida de severidad consigo mismo, llegaba al límite más peligroso de la vida sin tener nada seguro y nada cierto para el porvenir.

Vivía en una pequeña casa de un barrio apartado, pues su sueldo no le bastaba para él y sus hermanas. Su casa era modesta, sin lujo, apenas guarnecida con lo más indispensable. Su pieza de trabajo llena de libros, debía calentarse en el invierno con un brasero, a fin de permitirle trabajar por las noches, sin las agudas puntadas del frío. Se había moderado en sus aficiones porque no podía satisfacer sino lo más urgente. A través de los sueños que le eran permitidos, y de

los cuales a nadie debía rendir cuenta—única libertad que nadie controla—fraguaba los mundos perfectos en los cuales un forzado como él, podría vivir sin las estrecheces que a tantos como él le hacían negra y dura la vida.

Era, indudablemente, un inadaptado. Tengamos cuidado al formular nuestro juicio severo contra un hombre que padeció en medio de una sociedad indiferente, de una sociedad que no cotizaba sino en muy poco la vida del espíritu y a la que sólo animaba el demonio frenético del dinero y la voluptuosidad del goce. ¿Qué voluntad, por fuerte que sea, no se triza imperceptiblemente en un ambiente sordo? Se dijo de él que había sido un cobarde, que había renunciado antes de agotar todos los recursos que un hombre inteligente puede poner en práctica para vencer. Sin duda. La metafísica condena este acto voluntario y romántico que expelle al individuo fuera de sí mismo como si fuera una protesta contra el orden existente, y le arroja, despedazado, antes de realizar todavía un último acto de voluntad salvadora. Pero esa metafísica olvida que hay deberes que cumplir con los que ilustran un país y le dan categoría y dignidad espiritual en el mundo. Por ellos se sabe que un país existe. Por ellos se siente que la materia no es la dominadora de una colectividad, sino algo más noble y más fino y más resistente y más irrompible. En estos trabajadores se condensa, a gran temperatura, la sensibilidad humana y orienta, cuando ya nadie existe con capacidad para

orientar. Sus libros *La vida de los gañanes*, *La Batalla*, *Historia de una Isla*, *Tiempos de Sensualismo* y *Descontento*, para no citar sino los más bellos, no representan acaso el tributo de un hombre de espíritu a la tierra que le dió vida? ¿Y cómo pagó esa tierra el esfuerzo de este hombre para enaltecerla? ¿Con qué estímulos demostró que le había comprendido y que le agradecía la belleza que le había devuelto, el honor que le había dado, haciéndola más conocida por la sensibilidad y no por la materialidad, fuera de los límites geográficos? Cualquiera de esos libros ¿vale menos que una tonelada de trigo o de carbón de piedra o de salitre o de cobre?

Nosotros también creemos que Almeida debió afrontar los embates furiosos de la vida y que debió batirse aun con indomable energía, antes de caer vencido. El medio no merecía tal sacrificio. Pero es difícil conocer hasta qué profundidad llegó en el desgarramiento de su naturaleza espiritual ni qué dolores debió soportar. Sabemos sí que él se sentía cada vez más envuelto en la agotadora materialidad, que él comparaba a la arena que nos sepulta poco a poco en un pozo. Evocaba los días que juntos pasamos en una playa sosegada, el último verano antes de su muerte.

Fueron días alegres de vacaciones. Habíamos elegido un paraje casi solitario en el cual podíamos vivir sin exigencias ni artificios. Tenía aquel rincón del mar la grandeza de sus acantilados y la belleza extraordinaria

de sus paisajes de montaña. Excursionábamos por las tardes sobre los cerros que ciñen el mar, y desde allí contemplábamos embriagados la turqueza líquida que, en los días de sol, apenas estremecía una brisa tan suave como nuestros sueños. A través de los troncos esbeltos de los eucaliptus que coronaban aquellos cerros, veíamos a media tarde el mar, distante y profundo, encendido por un golpe de luz que daba la impresión de un chorro de oro derretido. Para bajar a la playa más sola y más lejana, a un pequeño semicírculo cerrado por rocas gigantescas y en el cual los veraneantes no se aveturaban sino raras veces, debíamos deslizarnos, como los niños, por un cerro de arena. El viento del mar nos azotaba el rostro y, a veces, debíamos detenernos un instante y cubrir nuestros rostros con los sombreros, para evitar que la arenisca nos enceguciera.

La orla de espuma como una inmensa cimbria blanca ceñía la playa solitaria. Era tan esplendente el mar que no podíamos mirar su lisa inmensidad, ni siquiera las lejanas puntas de los cerros que corrían una tras otras a precipitarse en el océano. Una bruma impalpable, suavizaba idealizándolas las ásperas aristas de los cerros. Nunca una voz humana interrumpía aquel silencio. Sólo oíamos los retumbos apagados de las rompientes y el alma vagabunda del mar, cuyo jadeo, semejante a un susurro, nos llenaba el corazón de nostálgicos ensueños...

Pues bien, por esos cerros descendíamos a saltos,

hundiéndonos en la blanda superficie peinada o estriada por las pequeñas y leves arrugas que formaba el viento. Y cuando íbamos a tocar la ribera, nos hundíamos en algunos pozos y la arena comenzaba, a caer lenta y nos cubría con una extraña sensación de suavidad, Se deslizaba desde las paredes con un presuroso silencio suave. Esa arena fina, ese resbalar inaudible sobre nuestros cuerpos, esa especie de abrazo diáfano era lo que Almeida comparaba a este sino fatídico del ambiente sin la poesía del mar y de la propia arena, cubriéndonos lentamente hasta ahogarnos.

También evocaba, por analogía, la herrumbre mordiente y obscura que tamiza un polvo negro de hierro y se entenebrece oxidándose sobre el cuerpo. Y no la sentimos sino cuando queremos desperezar nuestros miembros para el vuelo y no podemos porque nos sujetan las invisibles ligaduras metálicas. El comparaba este abrazo de la herrumbre, al lento suicidio, al implacable suicidio que nadie ve, que nadie siente ni aún el mismo que lo sufre. Muerte a pausas, en que naufraga el pensamiento, se tuerce la vela de nuestra lumbré espiritual y vamos rodando despacio, por una pendiente que tampoco advertimos. Cambian nuestros deseos, se transforman nuestras ambiciones, se petrifican nuestros sueños y un día, no sabemos cómo, nos encontramos sumergidos en un pozo de resignación y de abandono de todo lo que habíamos frenéticamente deseado y anhelado. Apenas se escuchan nuestros pasos

y es seguro que avanzamos como los muertos sin sentir que estamos muertos.

Estos muertos son sin duda, aquellos que abandonaron a tiempo la senda y ahora marchan por otro camino, y nos miran con piedad desde la distancia de su pequeña cumbre y nos saludan o no nos saludan, al pasar. Somos los equivocados, los inconformes, los rebeldes y los ilusos que no supimos morir a pausas lentas y preferimos seguir la ruta de nuestros suplicios. Ellos están bien instalados, están cómodos, ganaron la partida, abandonaron el campo estéril del espíritu y sembraron su simiente práctica, que les ha dado satisfacciones inconcebibles. Cuando nos encuentran desvían algunos la mirada, como perseguidos por un remordimiento; los otros nos observan extrañados como si dijeran: «¿Pero aún viven estos pobres? . . . »

Algunas tardes, en esa misma soledad poblada por el rezongo del mar, mientras estábamos tendidos en la arena de los cerros, veíamos a la distancia la silueta de un barco que pasaba rasando la línea del horizonte con su penacho desflechado de humo. Aquél barco indeterminado, cuyo destino ignorábamos y cuya senda nunca podríamos seguir, nos llenaba de una brumosa nostalgia. Era Almeida el que apretaba su corazón en un puño y después de un largo silencio que nosotros respetábamos, comenzaba a modular su queja monótona:

—Nunca podremos realizar nuestros sueños en la medida humana y simple en que lo realiza un mortal

cualquier... Hemos equivocado la senda, hermano, y estamos condenados a no ser sino los espectadores silenciosos de un panorama que no entenderemos. Nunca nosotros podremos llevar nuestra sensibilidad hacia otras tierras desconocidas para verificar nuestra propia conducta y para saber cómo palpita nuestro corazón y cómo trabaja nuestro cerebro. No tenemos salida para nuestras modestas ambiciones. No podremos cumplir nuestros sueños que son sabiduría. Estamos destinados a ahogarnos en el mismo clima, en el mismo sitio en la misma soledad...

—Son otros los que prosperan Almeida—le objetábamos convencidos de la inutilidad de la protesta— otros cuya sensibilidad nos es desconocida.

—Es cierto—añadía—nos es desconocida, porque este pudor nuestro ha sido el peor enemigo de nuestra vida. Tenemos el orgullo de no pedir y la bajeza de aceptar lo que nos quieren dar... Vea Ud., que horrible contradicción... ¿Y qué hacer? Algunos que no son hombres de letras nos dicen: «Hay que empujar... hay que darse el salto... No esperen Uds. que los llamen para algo o que les tiendan espontáneamente la mano... Hay que arremeter con energía...

Pero no... no es ese el camino. Repugna a nuestra sensibilidad adoptar la misma conducta de los pordioseros o de los audaces, especialmente cuando hemos vivido alimentando con nuestro corazón y a costa de enormes padecimientos íntimos, de renunciadas y dolores ocultos, de pasiones acalladas y soberbias vencidas,

dentro de nosotros mismos, el manantial de nuestra vida interior. Y este tesoro del cual somos depositarios no puede ser tirado como una piltrafa al rencor y a la burla de la calle...

Y luego de una pausa agregaba:

—No tenemos otra cosa que el honor y debemos defenderlo contra todo y a pesar de todo.

Ya anochecido regresábamos en silencio, sorteando en la orilla endurecida la acometida de las olas que sembraban de espuma amarillenta las amplias riberas de arena. Por encima de las rocas internadas en el mar, giraban las gaviotas dando chillidos estridentes. Tenía el mar en esa hora el sombrío encanto de un sueño lleno de plenitud. Parecía cubierto de presagios y de zozobras. Y muchas veces vi la mirada de Almeida como endurecida por el reflejo metálico que brotaba del tormento de las olas en su desesperado encarnizamiento contra las rocas. En aquella mirada de naufrago no había ni pavor ni recelo. Palpitaba la lumbre de un designio que sólo ahora he podido abarcar en toda su espantable realidad.

Fué ése el último verano que pasamos juntos. Fué también el más fecundo en confesiones, porque nunca como en esos días presurosos habíamos recorrido mayores distancias bajo la liviana transparencia del aire del mar. No nos fatigaban las largas caminatas y ninguna distancia nos sobrecogía. Por sobre los cerros o por el borde de los abruptos acantilados echábamos a

andar seguros de encontrar cada vez mayores bellezas. Nos internábamos a través de sendas torcidas, de secos torrentes, cuyos calveros estaban sembrados de piedras tostadas por el calor del verano. Bosques de avellanos y de canelos, en el hondor de las quebradas, nos ofrecían su sombra perfumada y a veces, cuando menos nos imaginábamos, en nuestras andanzas tropezábamos con la esmeralda del mar que fulgía a la distancia, por entre los ramajes. Desde allí mirábamos temblar la luz diáfana como tamizada en el verde de acuario de los árboles.

Fueron días plenos y fértiles, los últimos de nuestra convivencia antes de que el destino le pusiera la mano en los ojos para equivocarlo de senda. Ya no le volveríamos a encontrar sino una sola vez, en el apresuramiento de la vida santiaguina, entre un deber por cumplirse y una breve pausa en la calle más ruidosa del centro. Dos profundas ojeras señalaban en sus mejillas el oculto tormento. Nos habló del libro de un escritor nuevo que había aparecido no hacía mucho y ponderó con el entusiasmo en él habitual, las cualidades que lo exornaban. Almeida tenía siempre palabras entusiastas para celebrar a los que se iniciaban en la brega literaria, por lo mismo que no estaban marcados aún por el signo de las pequeñas o malsanas luchas literarias. Para él, en todo escritor nuevo, latían inmensas posibilidades. Se complacía en levantarles la moral y en estimularlos, diciéndole las frases más amables que encontraba. En la lucha todos tenían derecho a

ocupar un sitio y todos estaban de antemano señalados para experimentar las mismas inquietudes y amarguras que habían padecido los otros.

Luego se despidió de nosotros, estrechándonos con fuerza la mano.

Un mes más tarde, resonó sobre la ciudad el pistoletazo incongruente e indefinible. No se levantó clamor alguno, ni ocurrieron sucesos extraordinarios. Todo giró igual que siempre, con la misma calma habitual de todos los días.

César Moncada, un poeta amigo, nos dió la noticia una hora después de ocurrido el drama:

—¿No sabe...? Se acaba de matar Almeida... ¡Qué horrible...!

—No... —exclamamos sin comprender al momento—.

La mano de Moncada estrechaba la nuestra con un temblor inusitado. Moncada tenía la fina percepción del poeta lleno de humanidad, cuya sensibilidad no ha sido desvirtuada por torpes desviaciones.

—¿Ud. no sabe por qué ha sido...? Yo creo comprender... Esto... y señaló la calle ruidosa, el trajín frío de los cuerpos sobre la acera, el paso de las mujeres que se ofrecían en sus carnes ceñidas.

Y añadió volviendo la mirada hacia nosotros:

—Hace pocos días lo encontré en el Parque Forestal. Me dijo que se sentía muy cansado, que su gran deseo sería realizar un viaje para distraerse un

poco y olvidar algo de lo que siempre pesa sobre el corazón.

Estábamos anonadados, sin saber qué hacer. Aunque comprendíamos que la determinación de Almeida era fruto de una larga convicción, no podíamos habituarnos a esta certidumbre amarga de su muerte. Revivían en nosotros sus gestos, sus palabras, sus conversaciones. Le volvíamos a ver, tal como hacía poco y todos los detalles que un muerto levanta, nos envolvían y danzaban ante nuestros ojos.

Se nos reunió de pronto otro escritor: Aníbal Salas. Le dimos la noticia y después de hacer un gesto de extrañeza se quedó un rato pensativo.

—Una tontería—expresó luego. ¿Por qué ha hecho eso Almeida? Nadie le agradecerá el sacrificio. A nadie le importará nada. Porque yo supongo que Almeida se ha suicidado por inadaptación, por cansancio, por asco de todo esto.

Nos sobrecogió el tono casi zumbón de sus palabras. Salas un temperamento alegre y optimista, pero de punzante ironía. Parecía no dar importancia a las cosas y sin embargo las envolvía en la malla de sus razonamientos livianos y convincentes.

—¿Uds. creen que esto vale un sacrificio como este de Almeida? No embromen... Esto—y señalaba la calle, las casas, la ciudad toda—no hay que tomarlo en serio. El que lo hace está perdido. Tenemos una tarea y debemos cumplirla, a despecho de estos descastados, y de estos señoritingos frívolos y de estas

mujeres que no entienden de nada... Almeida se ha sobrepasado en sus cálculos.

—Hay sensibilidades de sensibilidades—interrumpió Moncada—Almeida tenía la suya, exasperada por esta indiferencia tan cruel de la gente para con los que escribimos...

—Y qué importa eso, observó Salas— ¿Nos dan algo de ellos? ¿Le pedimos algo nosotros? ¿Qué vale su indiferencia? ¡Pobre Almeida!... ¿Pero saben algo Uds de las causas? ¿Por qué ha sido?

Nos quedamos mudos Presentíamos tan solo. Adivinábamos todo el proceso, pero no podíamos señalar su causa precisa. Nos separamos invitándonos para encontrarnos en los funerales. Nosotros nos fuimos apresuradamente a la casa de Almeida.

Los diarios dijeron muchas cosas acerca del suicidio pero no dijeron nada claro. Los discursos en el cementerio dejaron entrever las razones ocultas, los desengaños y la tortura implacable sobre el espíritu del suicida. Nadie expresó la verdad. Nadie la quiso decir entera. Resultaba muy pobre nuestra realidad para aliarla a un terror metafísico o a una sorpresiva escapada del ser angustiado por los contragolpes certeros del medio. No faltaron los que imaginaron descalabros económicos. Deudas, como siempre. Almeida ganaba su sueldo y sólo su sueldo consumía. Los libros le daban muy poco. De suerte que no se podía especular sobre ese motivo.

Cansancio, inadaptación, asco de la materialidad

que nos consumía. Tal como lo había expresado poco menos que sonriendo, como era su costumbre, el escritor Aníbal Salas. Faltaba en el corazón de Almeida o en su espíritu el hueco para ofrecerlo al golpe continuo de una realidad de indócil al sentimiento de la cultura, aunque ésta fuera producto de hombres modestos.

Ningún porvenir venturoso le aguardaba para resolver el trágico problema de vivir. Es poco, sin embargo. El trágico problema de vivir, que para otros es tan fácil, para este hombre era una cuestión complicada y engorrosa. Otros morían lentamente, sepultados por el abrazo de esa arena que él comparaba con la acción oblicua del ambiente. Morían día a día, a pausas, sin que se supieran o se conocieran los motivos. Morían abandonados. Unos se entregaban a la bebida, otros a los placeres o aberraciones sexuales, otros en fin, a la morfina. Pero morían. Unos con más rapidez que los otros. Aquéllos con menos ruido que éste. Unos conmovían el mundo de las letras si eran dueños de una obra magnífica; los otros en silencio si apenas habían logrado conmover a sus íntimos o a su propio corazón. Muchos golpeaban su cabeza contra los duros barrotes de la sordera intelectual; golpeaban y sólo muy pocos respondían. Se sentían solos, inermes, incapaces de un impulso. Y a pesar de que representaban la parte más sutil y más diáfana de la vida, puesto que con sus obras ayudaban a entender, lo que difícilmente se aprende aún estudiando años y años, sino se posee

el fino grano de la sabiduría artística, carecía de apoyo y defensa.

Pasaría mucho tiempo antes de que pudieran encontrar la comprensión. Almeida desertó de la pelea. Abandonó el campo de la lucha. No tenía fuerzas. La herrumbre lo había carcomido. En verdad, se requiere de una gran paciencia y de una gran voluntad para no caer arrollado por la ráfaga de la desesperación. Es preciso no ceder un punto, no acobardarse y no dar, como decía Salas, demasiada importancia a un medio que tan mal paga a los que lo dignifican y enaltecen por el espíritu.

El caso de Almeida era bien extraño, sin duda, y si otros conocieron también la trayectoria de su vida, deberían narrarla, a fin de esclarecer con más abundancia de datos y con mejores argumentos, este doloroso suceso que tan hondamente conmovió a los círculos literarios.